



## Virginia Woolf y la ley

Por Carlos Peña González

**L**a gente no es capaz de comprender lo que a una mujer puede pasarle, sin que medie su consentimiento, su catártico conocimiento interior", evasión las palabras que, si no recuerdo mal, dijo Marilyn Monroe a Truman Capote, quien, por su parte, las recogió para uno de sus reportajes en *Vanity Fair*. "Puedo hacer todo lo que quiera, porque sólo puedo hacer aquello que debo hacer", eso es, de otro lado, lo que Ilse —en "Casa de Muñecos"— hace decir a Nora, esa mujer que dedicó vida entera a los artificios de la literatura hacia fines del siglo XIX y a través del cual Ilse muestra su vida: a podium ser la obediente Mientras Medi, ya contiene a Capote cada vez que dice lo que, en verdad, no quería. Nora, ese espléndido y en cierta forma ensimismado personaje de Ibsen, muestra hasta qué punto la domesticación se ha instalado en su interior hasta esa confrontación con ella.

Recuerdo estas citas frases porque ellas parten de manifiesto de qué manera las mujeres parecen deseoso ver su vida, real o imaginaria, no desde la transparencia o la soberanía de su voluntad, sino desde un género, desde un clero por esos clérigos y los sacerdotes que configura sus actitudes disposicionales y que, de una manera sutil, les impide ser, sino, peor todavía, les impide elegir su ser. Pierre Bourdieu denominó "el encasillamiento de la arquitectura" a ese fenómeno en virtud del cual una cisturación simbólica es idónea, casi como una segunda naturaleza o una piel, tanto por el dominador como por el gobernado. Disfruciones puramente contingentes y a menudo violentas, dijo Bourdieu, acatan el régimen en distinciones firmes que comienzan, se primitiva, a funcionar sin ninguna violencia explícita y a adquirir la trascendencia y sencilla

naturalidad de la respiración.

En esa eternización de la arbitrariedad, en ese proceso de convertir, diríamos, la historia en naturaleza, lo contingente en necesario, hará incorporarlo así como genitivo al lenguaje y el cuerpo de quienes dormían y de quienes son, dominados, las instituciones juegan un papel fundamental.

"Al faro", así se denomina una de las novelas menos populares, me atrevería a decir, de Virginia Woolf; aunque se trata, sin duda, de su novela más ambivalente "ca, es 'n que explora con sagacidad la mirada de las mujeres acerca de lo masculino. En "Al faro", como usted, en duda, recordará, la familia de los Ramsay, una familia vieja y llena con nueve de padres, madre y ocho hijos, habita durante las vacaciones de verano una gran casa en el final del mar. A lo lejos, el cumulo de la bahía, existe un faro. La familia entra, con excepción del señor Ramsay, el padre, suele, con visitarla. La excepción a ese lugar, que todos platican, no se autoriza, sin embargo, sino hasta muchos años después, cuando los niños hayan dejado de serlo y varios de aquellos señores que mimaban asistirán al faro, habiendo muerto o están definitivamente ausentes.

Es una de las escenas de esa novela, James, el hijo de diez seis años de edad, aparece totalmente poseído por la alegría de ir de paseo, al día siguiente, al lugar donde se erige el faro. Su cuerpo se agita y se altera en esa visión presentadora. El faro adonde James asciende ir es, en la novela de Woolf, casi una metáfora del deseo y de la libertad. La alegría del niño es, sin embargo, chequizada por la frase del padre: "no haga buena tiempo", que dice ce prove el señor Ramsay, poniendo al término a la alegría corporal, desbordante y a destiempo de su hijo. Es esa escena —en la que nada más una frase desaloja a la alegría

la palabra del padre posee el efecto de constuir la realidad a que se refiere. Como si fueran un demórgo, el padre constituye como un mal presagio el día del paseo, puesto que el niño, como sucede a veces con los niños, toma al pie de la letra las palabras del padre insertando así en su cuerpo la experiencia de que el poder crece el céso, modela y constituye a la realidad. De nada servirán, ni siquiera de consuelo, las palabras posteriores de la madre: "quizás haga buen día", dice ella, puesto que el carácter dominante y profético de las palabras del padre, quien por el solo hecho de intentar describir la realidad, la constituye, ha quedado inscrito para siempre en el cuerpo y el inconsciente de su hijo.

Como lo sigue la novela de Virginia Woolf, la ley, el igual que las palabras del señor Ramsay, suele instalarse como una experiencia corporal. No se trata sólo que las consecuencias de la ley se ejerzan, como contigo, sobre el cuerpo; se trata de algo todavía más profundo: la ley, el conocimiento de las prohibiciones y normas que distribuyen el capital simbólico de las sociedades, modela una cierta experiencia del propio cuerpo, se instala en nosotros y desde allí, sin que lo advirtamos, y como si fuviéramos el personaje de Ibsen, somos, los niños y las mujeres, sometidos a la eterna cinta de lo arbitrario, a la idea que no hay historia, sino, nada más, para vivir esa.



Carlos Peña González es docente de la Universidad Diego Portales.

**AUTORÍA**

Peña González, Carlos

**FECHA DE PUBLICACIÓN**

2002

**FORMATO**

Artículo

**DATOS DE PUBLICACIÓN**

Virginia Woolf y la ley [artículo] Carlos Peña González. retr.

**FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa